

bizbajo, y meditando poner en ejecución algún otro plan que diera por resultado apoderarse de la clave de tantos misterios.

La mujer del herrador fué cediendo poco á poco y prestándose á complacer á su marido, y á prodigarle cuidados al recién nacido.

Pasaron dos meses y ninguno de los vecinos del herrador se apercibió de que en la casa había un niño.

La mujer del herrador tuvo un día una conferencia con el cura del pueblo en el confesonario, sobre el partido que debía tomarse para bautizar al niño en secreto: arreglose todo, y una noche el herrador y su mujer entraron por la casa del curato, y atravesando la nave de la iglesia, que no estaba iluminada más que por una lámpara, se instalaron en el cuadrante para esperar al cura.

Allí recibió el niño el agua del bautismo y el nombre de Gabriel con que le hemos conocido.



CAPÍTULO XI.

EN EL CUAL CONOCERÁ EL LECTOR LOS
PODEROSOS MOTIVOS QUE TUVO
GÓMEZ PARA NO CONCURRIR Á LA
CITA DE SALOMÉ.

HACÍA ocho días de aquél en que hemos visto á Gómez hablando con Salomé, que el Pájaro, Gómez y dos compadres más, habían desbaliado á unos pasajeros muy conocidos del Pájaro, pero á quienes Gómez tenía el honor de ver por la primera vez.

Aquel golpe puso á Gómez en posesión

de una buena suma, que desde luego dedicó á la formal instalación de Salomé en un pueblo, supuesto que era punto enteramente resuelto el de unirse con ella.

Tomadas por Gómez todas las medidas conducentes, emprendió el camino en compañía del Pájaro y un criado, que conducía un caballo para Salomé.

Ninguna sospecha abrigaba el Pájaro de que pudiera ser perseguido, pues según todas las noticias que hasta entonces había recibido, el último robo había quedado impune, pues los robados no se habían tomado el trabajo de dar parte á la autoridad próxima.

De manera que, caminando confiados Gómez y el Pájaro, no pensaban sinó en la luna de miel que le esperaba á Gómez.

Pero al atravesar un estrecho sendero con un despeñadero por un costado y los crestones de la montaña por el otro, se vieron sorprendidos por una fuerza que les marcó el alto.

El Pájaro, más avezado y más tranquilo

en lances de esta especie, sacando su espada, disparó su caballo contra sus perseguidores, tiró algunos tajos á derecha é izquierda, hirió á dos y logró escaparse; mientras que Gómez que no tuvo tiempo ni de mover su caballo, ni de sacar la pistola de la funda, recibió sin defenderse los golpes de sus adversarios, quienes, tratándole como bestia feroz, lo machetearon hasta dejarlo sin sentido.

Medio muerto fué conducido al pueblo de donde acababa de salir, y no estuvo en disposición de darse cuenta de lo que le había pasado, hasta el día siguiente dentro de los muros de la cárcel.

La curación y las primeras diligencias duraron dos meses, al cabo de los cuales fué conducido Gómez, bajo segura custodia, á la cabecera del distrito y de allí á la cárcel del estado.

Faltaba al carácter de Gómez, para llegar á su punto definitivo, esa série de trámites por que pasa el reo, esa larga sucesión de humillaciones repugnantes, esas cien mira-

das escudriñadoras que lo devoran, y todo ese conjunto de impotencias embotadas contra la férrea mano de una justicia despreciable para el reo y tan odiosa cuanto irresistible.

Las miradas de Gómez eran las del basilisco, y día á día se recrudecía en su prisión su odio contra los que lo aprisionaban. Ni por un momento se figuró que aquel sería su destino definitivo, sinó todo lo contrario, abrigaba una esperanza, ó mejor dicho, una convicción profunda de que aquel estado en que se encontraba sería transitorio, y sufría su prisión y reprimía su impaciencia seguro de que llegaría el día de la libertad y la venganza.

Gómez adquirió esa mirada impasible, esa calma impenetrable del criminal, cuyas pasiones, cuyo orgullo lo colocan, al menos para sí mismo, más alto que la justicia y sus recursos.

Gómez contestaba tranquilamente los interrogatorios, y su estoicismo hacía vacilar muchas veces á los jueces. Por supuesto

que á Gómez no le pudieron arrancar jamás una confesión, y todas las pruebas que hasta entonces se habían podido aducir contra él, eran sacadas por inducción, pero no directas ni irrefragables.

No obstante, Gómez pasó año y medio en la cárcel sin que su causa se hubiera podido concluir.

Pero el día que Gómez menos lo esperaba, despertó al estruendo de las armas y en medio de una estupenda gritería; se levantó, se dirigió á la puerta de su calabozo para espiar por la cerradura, y notó que la puerta estaba abierta; salió y vió á sus compañeros de prisión precipitarse hacia la puerta y él hizo otro tanto.

Estaban en la calle: se oían disparos de fusil por todas partes y no sabía que partido tomar ni de lo que se trataba; cayó herido á sus piés un soldado, y Gómez le quitó el fusil y unos cartuchos, y se alejó del lugar de la cárcel; atravesó una calle y vió á uno de los dependientes del juzgado que salía á caballo de una casa: lo conoció Gómez, ten-

dió el fusil y dejó ir el tiro: el dependiente se llevó las manos al estómago, se inclinó hacia delante y cayó del caballo; Gómez se precipitó hacia su víctima y de un salto lo reemplazó en el lomo del animal, que iba á correr al sentirse libre.

Un momento después, Gómez se incorporaba á la fuerza que había asaltado la ciudad; y desde ese momento se consideró tan salvador de la patria como cualquiera otro.

Graduado por él mismo de capitán de auxiliares del ejército, se presentó al coronel, quien le hizo desde luego su ayudante; y Gómez, colmando de bendiciones á la guerra civil, se puso de parte de esos que nos están haciendo felices todos los días, y á quienes la patria debe estarles tan agradecida.

La fuerza salvadora á que pertenecía Gómez, comenzó desde aquel momento á moverse sin cesar, alejándose más y más de la angustiada Salomé.

Gómez tuvo ocasión de aprender la tá-

tica y la ordenanza de guerrilla, y comprendió que la posición á que podía aspirar, merced á las inmunidades del oficio, era con mucho, superior á la que hasta entonces había guardado en su calidad de simple ladrón de camino.

Gómez pensó que saquear una hacienda, plagiar á un rico y hacer una requisición de caballos, eran cosas productivas, que además de proporcionarle todas las comodidades á que se había ya acostumbrado, tenían la ventaja de ceder en beneficio de *sagrada causa*; y llevaban en sí un sello tan marcado de patriotismo y otras virtudes, que aquello que antes le había echado en cara la pícara de la justicia, ahora se lo estaba agradeciendo la buena de la patria.

No necesitaba tanto la oscura conciencia de Gómez para tranquilizarse en materia de mal obrar; pero con semejante piedra filosofal, abonó desde entonces Gómez todos sus crímenes al *haber* de sus distinguidos servicios como patriota.

Gómez era una de esas autoridades in-

vulnerables y absolutas compuestas de una pistola, un caballo y un hombre, y tenía, sobre los apaches, la ventaja de haber aprendido á firmar, sobre los ciudadanos, la de tener derechos y no tener obligaciones; sobre los hombres honrados, la de no tener taxativa; sobre los militares, la de no tener honor militar, quisicosa que ha engendrado tantos hechos heróicos; y en una palabra, José María Gómez era todo lo que quería ser, y «era así.»

El homicidio no tenía para Gómez más significación que el de un procedimiento: un tiro de su revólver era el acento agudo de alguna de sus frases.

Al principio mandaba fusilar, y después fusilaba; encontrando más expeditivo convertirse en fiscal, juez y pelotón á un mismo tiempo en obvio de trámites.

Entraba á un pueblo: lo vió un hombre:

—Cojan á ese, dijo Gómez.

Los soldados de Gómez cogieron á *ese*.

—¿Y usted, qué es? le preguntó Gómez al preso.

—Yo, nada.

—Pues tenga, y le disparó su revólver en la frente.

Ese cayó á sus piés, y Gómez, antes de moverse, sopló el cañón de su pistola que humeaba; quitó con la uña el fragmento de cápsula de la chimenea y guardó el arma.

Volvióse á su segundo y le dijo con tono reposado:

—¿Vamos á echar una jugada, amigo?

—Como quiera, jefe, le dijo el segundo. Y entraron al cuartel.

Gómez era hombre de muy pocas palabras; y no bastándole las cejas ni la inclinación constante de la cabeza para graduar el foco de sus miradas, empleaba, como acentuación indispensable de su manera de ver, el ancha ala de su sombrero.

Desde la mirada abierta del niño que no parpadea ni con la amenaza de un puñal, hasta la mirada de Gómez, había la misma distancia que hay entre la inocencia y el crimen.

El hombre depravado siente la penetra-

bilidad de sus retinas, y teme no encubrir bastante su alma al través de esos diáfanos cristales de la visión.

Gómez hubiera prescindido de ver porque no lo miraran; su primera tendencia era abatir la mirada de su interlocutor, y nada exacerbaba tanto sus feroces instintos como una mirada escudriñadora.

El hombre á quien acababa de matar, no había hecho otra cosa que fijarle la vista.

Estos actos de incalificable barbarie, habían formado al rededor de Gómez la clave de su prestigio; no era el más valiente de los suyos, pero era el más cruel; no era el más entendido, pero era el más malo.

Sus palabras sabían á plomo, según expresión de sus mismos soldados; porque según hemos dicho, era muy común que los períodos gramaticales de Gómez acabasen, no en punto sinó en detonación.

A esta ortografía debía Gómez su grado militar y su guerrilla y su preponderancia.

Nadie podía disputarle que no había luchado contra el enemigo invasor, y más de

un periódico puso el grito en el cielo, en un arranque de ingenuo patriotismo, exclamando:

«El invicto José María Gómez á la cabeza de cien valientes, mantiene vivo el fuego sagrado de la patria entre los ásperos breñales de la sierra de... Todavía en esos corazones generosos, todavía en esas almas nobles no se apaga la fé del triunfo de México, no se extingue la idea de la justicia de una nación libre, que lucha por su autonomía y su independencia.»

No faltaba quien leyerá á Gómez estas elucubraciones, ni faltaba á él el regocijo correspondiente al ver sancionada su conducta; de manera que lo único que á Gómez solía faltarle de vez en cuando, entre su conciencia y sus hechos, entre su pasado y su enmienda, era esto: un párrafo.

De cuyo útil adminículo se encargaba espontáneamente algún periodista desde su tranquila redacción, á cuenta de mayor cantidad.

Como las piedras rodando se encuentran,

Gómez y el Pájaro volvieron á encontrarse al cabo de tres años.

—¡Adios! ¿Y qué anda haciendo por aquí, amigo? le dijo el Pájaro á Gómez.

—Pues ya lo vé; aquí ando con la fuerza.

—¿Ya tiene fuerza?

—¡Pues no!

—¡Ah! ¡qué usted tan bueno!

—¡Y usted, por qué no!

—Yo soy paisano, amigo; ya sabe.

—¿Y por qué no se mete á la bola?

—¡Adios! conque yo andaba con los franceses!

—¿De traidor?

—No; qué!

—¡No digo! ¿Pues entonces de qué?

—Pues nada; viendo lo que Dios me daba.

—Venga á echar una almorzada conmigo. ¿Ó ya no somos amigos?...

—¡Vaya! ¡pues cuándo no! ¡entonces!...

Llegaron los dos amigos á un pueblo; se alojó la fuerza; el forragista pidió pasturas por cuenta de la pobre patria; los soldados

tomaron todo lo que les hacía falta para seguir sosteniendo la independencia nacional, y Gómez y el Pájaro se proporcionaron una buena cantidad de enchiladas y una tina de pulque para proceder con acierto en el curso de las ciencias políticas y otros primores que Gómez iba á comunicar al Pájaro.

